Recibido: 18 de setiembre de 2017
Aceptado: 13 de noviembre de 2017

Historia y Región, Año V, N° 5, Lima (Perú), Dic. 2017:17-35
ISSN (impreso): 2309-933X

DEL TERRITORIO A LA REGIÓN: CONSTITUCIÓN Y CONSTRUCCIÓN DEL ESPACIO REGIONAL DE AYACUCHO

FROM THE TERRITORY TO THE REGION: CONSTITUTION AND CONSTRUCTION OF THE REGIONAL SPACE OF AYACUCHO

Nelson Ernesto Pereyra Chávez[*]
nelsonernesto@hotmail.com

RESUMEN:

El presente trabajo discute, en primer lugar, la forma como las ciencias sociales y la historiografía han definido y caracterizado la región de Ayacucho, a partir de los enfoques de área cultural, solar, dendrítico y de ejes. Luego, propone una hipótesis que puede ser trabajada en futuras investigaciones y que señala que dicha región se configuró entre fines del siglo XVII y la primera mitad del siglo XVIII, a partir de una red de intercambios y circuitos comerciales que puso en movimiento los bienes producidos en zonas especializadas. Esta unidad regional se quebró en el siglo XIX por la aparición de dos ejes, pero persistió como representación al quedar relacionada con el mítico pasado prehispánico. Para ello, fueron importantes la construcción de una narrativa sobre los orígenes históricos y los vínculos sociales, encuentros y redes parentales de los pobladores de la región, que posibilitaron la difusión y aprehensión de dicha narrativa.

PALABRAS CLAVE: Región, Región de Ayacucho, circuitos mercantiles, zonas de especialización, narrativa histórica.

ABSTRACT:

This paper discusses the way in which the Social Sciences and historiography have defined and characterized the Ayacucho region, based on cultural, solar, dendritic and axes Theories. It proposes a hypothesis that can be worked on in future investigations and that indicates that this region was configured between the 17th and 18th centuries, from a network of exchanges and commercial circuits that put in movement the products made in specialized areas. This regional unit was broken in the 19th century by the appearance of two axes, but persisted as a representation to be related to the mythical pre-Hispanic past. To this end, it was important to construct a narrative about the historical origins and social ties, meetings and parental networks of the inhabitants of the region, which made possible the diffusion and apprehension of this narrative.

Keywords: Region, Ayacucho Region, comercial circuits, specialized areas, historical narrative.

[*] Historiador por la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga. Miembro de la Academia Nacional de Historia.

1. INTRODUCCIÓN

En los tiempos actuales, la noción de región sirve para designar a los antiguos departamentos, que ahora son circunscripciones administradas por un gobierno regional. El departamento de Ayacucho pasó a formar la región de Ayacucho y aunque esta todavía se divide políticamente en once jurisdicciones menores o provincias, al presente cuenta con un Gobernador Regional y un Consejo Regional, integrado este último por los representantes de las once provincias.[1]

Pese a que en el lenguaje administrativo región significa departamento, en el lenguaje coloquial el término alude a una porción determinada del territorio nacional, definida a partir de criterios específicos y objetivos preconcebidos, o a una superficie donde se desarrollan procesos naturales o fenómenos sociales y que tiene cierta semejanza u homogeneidad (Palacios, 1983, p. 57).[2]

Para las ciencias sociales y la historia regional, región es más que una circunscripción departamental o un espacio geográfico homogéneo. Por un lado, es concebida como un espacio concreto, particular y distinguible por circunstancias naturales, económicas e históricas (*regionalidad*) y por la permanente identificación cultural, sentimental y política (*regionalismo*) de sus habitantes (Van-Young, 1987, p. 248). Por otro lado, es pensada como la red de relaciones de intercambio tanto internas como externas, cuya extensión varía en el tiempo (Jaramillo, 2017, pp. 355-356). A la par, es ideada como un modelo social que da cuenta de una trama social en un espacio social *sui géneris* (Cariño, 1996, p. 23). Finalmente, puede ser un concepto ambiguo, que requiere de un encuadro teórico y de una perspectiva metodológica definida (Niño Grijalba, 2002). Es decir, es una categoría definible, discutible y hasta pendiente, en tanto existen diversas teorías y perspectivas que intentan aprehenderla.

Pese a la existencia de tan variadas y hasta problemáticas definiciones, en la historiografía peruana a menudo se da por sentada la existencia de regiones como producto de la larga experiencia histórica, sin un mínimo de duda o cuestionamiento. Por ejemplo, apriorísticamente, se define a la región de Ayacucho como el territorio de más de 44 mil kilómetros cuadrados, configurado históricamente desde los tiempos más remotos hasta la contemporaneidad, sin comprender que región puede aludir a un espacio variado y variable, con una red de intercambios, una trama social o un sentimiento de pertenencia, con orígenes disímiles en el tiempo y orientaciones variadas, tal como señalamos antes.

Precisamente, el siguiente trabajo pretende discutir la forma cómo las ciencias sociales y especialmente la historiografía han definido la región de Ayacucho, a partir

[1] Las 11 provincias son: Cangallo, Huamanga, Huancasancos, Huanta, La Mar, Lucanas, Parinacochas, Páucar del Sara Sara, Sucre, Víctor Fajardo y Vilcashuamán.

[2] Para los ayacuchanos, por ejemplo, el valle del río Apurímac es una región, caracterizada por su clima cálido y húmedo, su espesa vegetación y su producción de fruta y coca. Al mismo tiempo, para ellos la región es un espacio mayor, que abarca algunas circunscripciones de los departamentos vecinos de Huancavelica o Apurímac, con las que comparten el idioma quechua más ciertos elementos culturales y con las que mantienen estrechos vínculos económicos y sociales.

de ciertas teorías. Para ello, primero se pasa revista a los diversos enfoques que han intentado encuadrar las perspectivas de análisis, para luego examinar los trabajos que intentan sustentar la existencia de la región. Finalmente y a modo de hipótesis, se propone una definición de región de Ayacucho, basada en la experiencia histórica de la época tardo-colonial y de la temprana república, que toma en cuenta los circuitos mercantiles, la estructura de relaciones y el nivel de las representaciones, que, con correcciones, puede servir para futuras investigaciones.

2. EL MARCO TEÓRICO[3]

A mediados del siglo pasado, la antropología peruana, inspirada por la influencia de la escuela cultural norteamericana, recurrió a las categorías de región y área cultural para estudiar microrregiones como el valle de Chancay, en el norte de Lima, según el testimonio de Carlos Iván Degregori

> […] como un archipiélago, con su puerto, su pueblo […] su valle bajo, haciendas innovadoras […] sus pequeños propietarios del valle medio –donde se estrecha el valle- y las comunidades campesinas que en esa época se llamaban todavía 'comunidades indígenas' y en la parte alta, las minas (Sandoval y Agüero, 2015, p. 111).

Así, Robert Redfield, quien hizo trabajo de campo en Morelos a fines de la década de 1920 y en la península de Yucatán a inicios del siguiente decenio, creía encontrar en la región ciertos elementos comunes, como una ecología única, la tradición cultural mestiza y una ciudad como foco exclusivo de innovación cultural. En tal sentido, la consideraba como un espacio internamente diferenciado "*que podía analíticamente situarse en una escala graduada en términos de la intensidad y frecuencia de la innovación cultural, pues en último término este era el factor determinante: incluso la sociología aparecía como variable dependiente*". Dicha escala correspondía a un *continuum* que partía en la comunidad folk, pasaba por la comunidad campesina y llegaba a la comunidad urbana (De la Peña, 1981, pp. 54-55). Por su lado, Alfred Kroeber usó el término de área cultural para definir ámbitos geográficos tomando en cuenta aquellos rasgos y patrones culturales que son propios del espacio y para estudiar la distribución espacial de los elementos culturales a fin de diferenciar y jerarquizar las áreas en "nucleares", "periféricas" e "intermedias" (Marzal, 1997, pp. 319-322).

Posteriormente, las ciencias sociales apelaron a tres modelos teóricos para el estudio de la región. Dichos modelos son: a) el modelo del punto central o solar; b) el modelo dendrítico y c) el modelo de los ejes económicos. Mientras que el primero considera a la región como el espacio interno relativamente complejo y polarizado jerárquicamente en la forma de mecanismos mercantiles locales con importación limitada de alimentos, el segundo la caracteriza por su bajo grado de polarización espacial interna que se orienta hacia el exterior con el propósito de comerciar un solo

[3] Muchas de estas ideas y constataciones nacieron en amenas e interminables conversaciones con las historiadoras Susana Aldana Rivera, Nuria Sala i Vila y Miriam Salas Olivari, a quienes agradecemos por las ideas, los comentarios y las sugerencias.

bien exportable. De este modo, las regiones están estructuradas alrededor de un centro de gravitación interior (un mercado interno de cierto tamaño) o están orientadas al exterior con el fin de exportar un producto, a semejanza de un embudo (Van Young, 1987). El tercer modelo considera a la región como una zona longitudinal que permite la articulación de diversos modos de producción, la formación de un mercado interno y el correspondiente logro de un modo en detrimento del otro. Así, la articulación del capitalismo con el no capitalismo es un proceso económico que empieza con la formación de un mercado interno, continúa con la generación del plusvalor y la apropiación del sobretrabajo no capitalista y culmina con la acumulación de las empresas y agentes capitalistas (Montoya, 1980, p. 45).

Cada modelo privilegia la consulta de determinadas fuentes y un tipo de enfoque en la indagación histórica. Así, el enfoque solar prioriza el uso de fuentes fiscales a fin de explorar la producción de bienes, su circulación en un mercado local y su consumo interno. Por su lado, el modelo dendrítico considera el manejo de los informes de cónsules y comerciantes para analizar el origen del subdesarrollo a partir de la inexistencia del mercado interno y de clase dirigente. Finalmente, en el enfoque de los ejes prevalecen los libros de cuenta, las facturas y correo comercial de los agentes económicos que participan de la articulación, con el objetivo de mensurar y explorar la circulación, distribución y consumo de bienes, la oferta de mano de obra y la acumulación de la ganancia.

En la historiografía peruana, los tres modelos han sido usados para el estudio de dinámicas socio-económicas y la definición de regiones concretas. Mientras que Miriam Salas, Neus Escandell-Tur, Luis Miguel Glave y María Isabel Remy han acudido al enfoque solar para estudiar el comercio y la circulación de bienes como los tejidos y cereales en el mercado colonial, los textos de Heraclio Bonilla, Alberto Flores Galindo y Nelson Manrique usan el enfoque dendrítico para explorar los circuitos comerciales hacia fuera instaurados a partir de la exportación de productos como la lana o los bienes agropecuarios.[4] Por su lado, Susana Aldana y Rodrigo Montoya analizan los ejes de desarrollo o las redes mercantiles y sociales establecidas principalmente en el "gran espacio" norteño y entre la costa y la sierra sur-central, respectivamente.[5] No obstante, son las ideas de Efraín Gonzales de Olarte (inspiradas en los modelos solar y de ejes) sobre la formación de regiones en el Perú a partir de la expansión capitalista, y las de Carlos Sempat Asadourian (originadas en el modelo

[4] Cf. Miriam Salas: *Estructura colonial del poder en el Perú. Huamanga (Ayacucho) a través de sus obrajes, siglos XVI-XVIII* (Lima: PUCP, 1998, 2 vols.); Neus Escandell-Tur: *Producción y comercio de tejidos coloniales. Los obrajes y chorrillos del Cuzco, 1570-1820* (Cuzco: Centro Bartolomé de las Casas, 1997); Luis Miguel Glave y María Isabel Remy: *Estructura agraria y vida rural en una región andina. Ollantaytambo entre los siglos XVI Y XIX* (Cuzco, Centro Bartolomé de las Casas, 1983); Heraclio Bonilla: "Islay y la economía del sur peruano en el siglo XIX" en *Gran Bretaña y el Perú: los mecanismos de un control económico* (Lima: IEP, 1977, Vol. 4°); Alberto Flores Galindo: *Arequipa y el sur andino. Ensayo de historia regional, siglos XVIII-XX* (Lima: SUR-Fundación Andina, 1993); Nelson Manrique: *Mercado interno y región. La sierra central del Perú, 1820-1930* (Lima: DESCO, 1987).

[5] Cf. Aldana, 1999; Montoya, 1982.

dendrítico) en torno a la minería y la configuración del espacio colonial las que han inspirado la definición de la región de Ayacucho y a los autores que veremos luego.

Luego de cuestionar la noción de *región plan o programa*, Gonzales de Olarte establece una relación dialéctica entre espacio físico-social para definir a la región como un espacio geográfico específico donde se establecen relaciones sociales, se organiza una estructura de poder articulada al Estado y se crea una tradición cultural e identidad propia (Gonzales de Olarte, 1988, pp. 61-62).[6] Los límites de la región se establecen cuando se producen contradicciones entre los espacios sociales. En esta perspectiva, se identifica a una región a partir de: 1) la existencia de un mercado (que presupone una división social del trabajo); 2) la vigencia de la ley del valor; 3) la reproducción espacial del capital como consecuencia de 1 y 2; 4) la existencia o no existencia de un componente no capitalista en la producción; 5) la presencia del Estado y 6) las clases sociales espacialmente asentadas (p. 62).

A partir de las variables señaladas, el citado autor diferencia una región (donde se reproduce y acumula el capital) de un espacio mercantil restringido (donde circulan las mercancías y prima la producción no capitalista) para luego analizar la articulación entre ambos espacios y las diferencias económicas entre costa y sierra. La región posee, entonces, un nodo con desarrollo industrial y encuentra en el espacio mercantil un mercado para sus mercancías y para la realización del capital productivo, que retorna a ella. En contraposición, el espacio mercantil restringido brinda medios de subsistencia y mano de obra para las regiones, pero sin lograr la acumulación, puesto que la ganancia retorna a la región. Dicha articulación es complementada con la estructura administrativa del Estado peruano (departamentos, provincias, distritos) y con la existencia de una clase que controla el capital en la región, más una capa de empleados y un campesinado heterogéneo en los espacios mercantiles restringidos (Gonzales de Olarte, 1988, p. 106).

Por su lado, Assadourian retoma la teoría de los espacios económicos de François Perroux y plantea que la minería como sector dominante y exportador en la economía colonial generó un espacio económico o una gran región (con los territorios de los actuales países de Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Argentina y Paraguay) en la que se logró la especialización del trabajo, el intercambio interregional y la autosuficiencia económica. Dicho espacio, conectado con España a través de la exportación de plata y el monopolio comercial, fue legitimado con la creación del virreinato peruano.

> Las características significativas del espacio peruano en el siglo XVII son su alto grado de autosuficiencia económica y su máximo nivel de integración regional. El grado de autosuficiencia queda en evidencia descomponiendo las importaciones en sus rubros principales: a. Textiles de calidad para el grupo español, vale decir, para el mercado socialmente discriminado; b. Esclavos negros, manera de enfrentar la crisis demográfica indígena buscando en el exterior ofertas adicionales de mano de obra; c. hierro, en barra y manufacturado. Las importaciones son saldadas exclusivamente con plata, producto que conecta este espacio con el exterior.

[6] La noción de región plan o programa alude a aquella región determinada de forma arbitraria, en función de criterios y objetivos específicos de política económica, para alcanzar el máximo de eficiencia en la implementación de programas y estrategias (Palacios, 1983, p. 60).

> La composición de las importaciones delinea, por oposición, un conjunto complejo de producciones que se crean y consumen en el interior de dicho espacio. Tendríamos formado, por consiguiente, un extenso mercado interno (minado, es cierto, por contradicciones estructurales), el cual descubre, mirando con cierta atención, una división y especialización regional del trabajo. Dejaremos de precisar aquí la localización de esta división regional del trabajo. Basta en cambio, para fijar cierta imagen de ella, con mencionar las producciones principales que animan la circulación mercantil.
>
> Textiles de lana y algodón. Medios de transporte marítimo y terrestre. Manufacturas de cobre, vidrio, barro, madera y cuero. Trigo, maíz, coca, ají, tabaco, yerba mate, papas, caña de azúcar, vid, olivo, cáñamo, frutas secas y en conserva, arroz, grana, manteca, pescado, sebo, cueros, cecina, maderas. Ganado vacuno, mular, lanar, porcinos, caballos, llamas. Oro y plata. Mercurio, cobre, estaño, sal, brea, etc. (Assadourian, 1982, pp. 112-113).

Agrega el citado autor que este espacio integrado devino de la configuración de Potosí y Lima como polos de desarrollo o nodos con actividades mineras y políticas respectivamente, con aglomeración urbana y demanda de medios de vida e insumos. Ambas localidades funcionan como ejes polarizados que arrastran directamente a los espacios adyacentes e indirectamente a zonas más lejanas. De este modo, el gran espacio integrado se asemeja al modelo de región polarizada de Perroux, puesto que finalmente es definido a partir de la interacción entre nodos y satélites (Palacios, 1983, p. 61).

3. DE ÁREA CULTURAL A TERRITORIO Y REGIÓN: EL CASO DE AYACUCHO

Recurriendo a los postulados de la escuela cultural norteamericana que anotamos en los párrafos precedentes, el antropólogo y novelista José María Arguedas definió a mediados del siglo XX el área *Pokra-Chanka* como un espacio con cierta "unidad cultural", integrada por Huancavelica, Ayacucho y Andahuaylas y formada en la época colonial por la consolidación de ciertos rasgos y elementos mestizos, que fundan un patrón cultural único y muy particular. Dichos rasgos y elementos, según el escritor, son los siguientes:

> […] la misma forma dialectal del quechua, un notable unidad folklórica musical –aunque de extraña asaz variada por acentos provinciales–; una arquitectura popular de procedencia hispánica, pero muy aclimatada, cuya característica más sobresaliente es el amplio corredor cuyo techo aparece sostenido por columnas de madera de base de piedra de diseño y forma muy característicos; el danzante de tijeras; las andas ornadas de cenefas y aparatos muy barrocos de cera" (Arguedas, 1975 [1958], p. 152).

Siguiendo las ideas de intelectuales ayacuchanos como Víctor Navarro del Águila y Pio Max Medina, creía que este extenso territorio fue poblado en la época prehispánica por las "naciones" Wankawillka, Pokra, Chanka y Rukana e impactado por la conquista española, de tal modo que con la unión de ambas culturas distintas aparecieron aquellos rasgos y elementos mestizos. En su época, estos seguían manteniéndose al encarnarse en el arte popular o en determinados personajes (como el retablista Joaquín López Antay) que, por ser productores, mantenían cierta

independencia de la clase señorial local y tenían licencia para crear manifestaciones de arte popular.

Sin embargo, Arguedas advierte que el área *Pokra-Chanka* viene siendo disgregada por la apertura de las carreteras entre Ayacucho y Huancayo y entre Nazca y Puquio, y por la llegada de los nuevos medios de transporte, de tal forma que "las provincias de Huancavelica y la propia Huamanga están sufriendo la influencia penetrante de la mestiza Huancayo", mientras que Lucanas y Parinacochas "han caído definitivamente en el área de influencia de Nazca, a través de la cual opera Lima; y de este modo se está creando un nuevo tipo de fusión en el Perú" (Arguedas, 1975, pp. 152-153). Pese a ello, el mestizo independiente y exitoso de Ayacucho (como López Antay) puede retener los elementos principales de su cultura, sin que sea arrollado por la transformación cultural (1975, p. 166).

La arqueología regional ha recurrido a esta noción de área cultural para definir el espacio de reproducción y articulación de las poblaciones locales durante el Intermedio Tardío (1000-1450). Así, considera la existencia de un área *chanka* formada por el territorio de las cuencas de los ríos Mantaro, Pampas, Qaracha, Apurímac y Chumbao, en la que predominan ciertos rasgos culturales comunes y hasta homogéneos: la creencia en un lugar de origen o *paqarina* (la laguna Chocloccocha en las alturas de Castrovirreyna); un tipo de cerámica sin ningún decorado especial, sin pulido ni bruñido y sólo con algunas incisiones denominada como *Arqalla* y unas estructuras habitacionales circulares levantadas en las cumbres estratégicas, por encima de los 3.500 metros de altura (González Carré, Pozzi-Escot y Vivanco, 1988).

Desde la sociología y con perspectiva histórica, Modesto Gálvez retoma las propuestas de Arguedas y Gonzales de Olarte. Considera que el área cultural *Pokra-Chanka* es la región de Ayacucho, en la que predomina un régimen productivo de tipo no capitalista, implantado luego de la conquista española, que la particulariza y cuya evolución histórica modifica, expande y contrae las relaciones económicas en el espacio regional (Gálvez, 1977, p. 54). No obstante, es Jaime Urrutia quien ha sistematizado estas ideas y ha elaborado una ambiciosa definición de región para Ayacucho a partir de la ciencia histórica.

Retomando las ideas de González de Olarte y Gálvez, Urrutia señala que la región de Huamanga es un espacio geográfico organizado socialmente en la época colonial, a partir de la circulación de mercancías y capital, pero con antecedentes que se hunden en el pasado prehispánico.

> A pesar de la advertencia de Gonzales, podemos encontrar una cierta continuidad entre la organización del espacio prehispánico y el colonial-republicano, por lo menos en lo que concierne a la región de Huamanga; la organización económica del espacio resume las 'sedimentaciones' de períodos precedentes que dejan su huella en el proceso evolutivo de ese espacio. En otras palabras, en la medida que la presencia del capitalismo ha sido débil en nuestra región colonial, la economía campesina y la circulación mercantil han condicionado formas de organización de muy lentos procesos de cambio en relación al desarrollo capitalista (Urrutia, 1985, p. 17).

Señala el citado autor que el territorio de la región está configurado por las cuencas de los ríos Mantaro, Cachi, Huarpa, Pampas, Qaracha, Soras, Pampamarca-Sondondo,

Apurímac y Chumbao, en la que se establecieron poblaciones chancas durante el Intermedio Tardío, que tenían las características mencionadas anteriormente.[7] Posteriormente, en dicho espacio fueron instalados mitimaes por los incas, que convivieron con macroetnías originarias hasta la llegada de los españoles, quienes instituyeron encomiendas, haciendas, obrajes y reducciones de indios y fundaron la ciudad de Huamanga.

Precisamente, fueron las haciendas y los obrajes las unidades económicas que al producir para un mercado regional lograron una interrelación mayor y atesoraron algo de capital, aunque dicho capital no fue reinvertido en su totalidad en la actividad productiva porque la mano de obra la ponían los indígenas mitayos y yanaconas. Al respecto, pone el siguiente ejemplo de la hacienda Ninabamba, otrora propiedad de los jesuitas:

> […] hacia 1640 los jesuitas poseen cañaverales en el valle mismo de Ninabamba; también siembran allí añil para su obraje; en total 200 fanegadas, regadas en su mayor parte; en 1647 'abren' cocales en la zona de la selva alta colindante con la hacienda buscando con ello obtener un producto de muy alta cotización mercantil y evitando, complementariamente, depender de otros productores al tener que adquirir la hoja […] antes que autoabastecerse –lo cual debe ser necesariamente un objetivo de las haciendas coloniales de este período- se busca implantar cultivos que respondan a la demanda mercantil, sin que necesariamente sea un 'único producto'. Así podemos explicarnos no sólo las propiedades agrícolas, sino también las estancias de ganado, fuente más temprana de capitalización que la hacienda misma […] (Urrutia, 1985, p. 110).

Retomando a Assadourian, considera que la producción de haciendas y obrajes estuvo destinada al consumo de la mina de Huancavelica y de la ciudad de Huamanga, que a partir de la segunda mitad del siglo XVI funcionaron como nodos de arrastre de los espacios adyacentes (*hinterland*), generando la especialización, la interdependencia funcional y la densidad de flujos entre las partes.[8]

Del mismo modo, los encomenderos enviaron el tributo de sus indígenas al mercado interno a fin de producir capital. Hicieron casi lo mismo las reducciones de indígenas y las comunidades campesinas que vinieron luego, capitaneadas por los curacas (quienes rápidamente se adaptaron a la lógica occidental del intercambio mercantil) y ante la necesidad de conseguir un excedente monetario para cumplir con el tributo.

> La producción comunera se rige por su propia racionalidad, que no debemos confundir de ninguna manera con 'autarquía' o 'economía natural'; aún hoy en día, los productos de altura –lanas, carne- son intercambiados con los de valle o quebrada: maíz, molle, por ejemplo, en circuitos que no han sido suficientemente estudiados.

[7] Cf. Mapa 1 sobre la región de Ayacucho.

[8] Precisa Urrutia (1982: Capítulo II) que a fines del siglo XVIII, la región de Huamanga presentaba hasta siete zonas de producción mercantil más o menos definidas en relación a la generación de excedentes y la acumulación de capital a cargo de propietarios y comerciantes. Dichas zonas fueron las siguientes: a) Huancavelica (minas), b) Huanta (haciendas y cocales), c) Huamanga (haciendas y comercio), d) Andahuaylas (cañaverales), e) Lucanas y Parinacochas (ganado y minas), f) Partes altas de Huamanga, Vilcashuamán y Lucanas (ganado y obrajes) y g) Ninabamba, Chungui y Anco (cañaverales y cocales).

> Más aún: algunas comunidades en el siglo XVII y XVIII –antes y después de él- destinan parte de su producción al mercado; el ejemplo más claro de ello son las comunidades laneras de Lucanas y Parinacochas (1985, p. 165).

Tal como ocurrió con el sistema económico colonial, este espacio regional fue legitimado administrativamente con la creación del Obispado de Huamanga en 1609 y de la Intendencia del mismo nombre en 1784. No obstante, esta última comprendía los partidos del Huamanga, Anco, Andahuaylas, Lucanas, Parinacochas y Vilcashuamán, exceptuándose las provincias de Angaraes, Castrovirreyna y Tayacaja, que pasaron a formar parte de la Intendencia de Huancavelica.

En el siglo XVIII, en medio del descenso de la producción minera de Huancavelica, los obrajes y chorrillos de la región incrementaron la comercialización de sus bienes para satisfacer una demanda estimulada por las existencia de pequeñas explotaciones mineras, por el encarecimiento de manufacturas de mejor calidad y por la imposición de los repartos; para ello, contaron con comerciantes, arrieros e intermediarios que se encargaban de distribuir e internar los productos en el espacio intrarregional (1985, pp. 151-152).[9] Posteriormente, al culminar la etapa colonial, fueron las telas burdas, los derivados del cuero, la coca, el aguardiente y los bienes agropecuarios los dínamos del comercio intrarregional, que incluso llegaban a mercados lejanos. Refiere Urrutia (1994) que el tocuyo y la bayeta eran colocados en Cerro de Pasco, Huánuco y Chile (p. 24). Agrega que en contrapartida, se importaron mercancías de Lima (géneros finos, metales, vidrio, papeles), Ica (aguardiente) y el extranjero (telas) a través de una red comercial en la que participaban grandes compañías limeñas (ligadas a intereses peninsulares y europeas), comerciantes mayoristas y minoristas, viajeros y arrieros; estos últimos se encargaban de la distribución de bienes en los lugares más apartados o en las ferias que congregaban a la población campesina (Urrutia, 1982, p. 32).

Este espacio regional fue fuertemente impactado por la aparición de dos ejes capitalistas en la segunda mitad del siglo XIX, que desarticularon la unidad regional. El primero estuvo en el norte y se formó entre Lima-Pisco-Castrovirreyna-Ayacucho, mientras que el otro se estructuró en el sur, entre Lima-Lomas-Puquio-Andahuaylas, con una variante por Chala y Coracora. Ambos ejes se caracterizaron por la exportación de ganado y la importación de diversas manufacturas de origen nacional y extranjero. Como bien dice Montoya:

> Una vez formado el eje capitalista, la ruptura entre el sur y el norte de Ayacucho fue inevitable. Huamanga y su periferia se articularon directamente con Lima por la vieja y antigua ruta colonial de arrieros y las provincias del Sur se ligaron con Lima a través de los puertos de Lomas y Chala en dos ejes. (Montoya, 1987, p. 182).

En un escrito pionero, Carlos Iván Degregori, Jaime Urrutia y Edwige Balutansky retomaron el artículo de Arguedas mencionado anteriormente y dieron cuenta de las transformaciones sociales y culturales causadas por el desarrollo del capitalismo en el área cultural Pokra-Chanka. Estas se manifestaban a través del surgimiento de las relaciones de clase y una mayor diferenciación campesina, de la imposición de gustos

[9] Indica Urrutia que el reparto mercantil, pese a ser una imposición para el consumo, también logró la transferencia y acumulación de capital entre corregidores y comerciantes (1982, p. 7).

musicales, habitacionales y artesanales foráneos, de la dialectización del quechua y la aparición de las iglesias evangélicas (Degregori, Urrutia y Balutansky, 1979).[10]

Con la aparición de los ejes capitalistas y con las transformaciones culturales descritas en el referido escrito, casi nada queda del espacio regional articulado y culturalmente homogéneo. Como bien dicen Juan José García y Jefrey Gamarra:

> El proceso histórico que se da a partir de la república, determinó una mayor desarticulación del espacio económico-social de Ayacucho en comparación con la Colonia; desarticulación que nos lleva a considerar que las actuales provincias de Lucanas y Parinacochas […] han pasado a formar parte del espacio económico-social de otros departamentos. (García y Gamarra 1985, p. 32).

Sin embargo, dichas provincias siguen unidas al departamento y la tan temida secesión sureña no pasa, hasta ahora, de ser un discurso. ¿Qué es lo que une al norte y sur de Ayacucho? ¿Acaso existe la región de Ayacucho? Si es así, ¿a partir de qué elementos debemos definirla? Estas interrogantes nos llevan al siguiente planteamiento para otra definición de la región de Ayacucho.

4. LA REGIÓN DE AYACUCHO: UNA HIPÓTESIS DE TRABAJO

Como se mencionó anteriormente, una región como espacio geográfico y social con ciertas particularidades existe y a la vez es percibida por los que habitan en ella. Además, constituye una categoría teórico-metodológica usada por el historiador para aprehender ciertas dinámicas y a ciertos actores en dicho espacio particular y a través del tiempo. En tal sentido postulamos la existencia de la región de Ayacucho, no sólo como recurso teórico-metodológico, sino también como realidad que se manifiesta en una época precisa. Demás está decir que se trata de una hipótesis de trabajo que será corroborada, modificada o descartada en futuras investigaciones y con la revisión de información empírica.

Para formular la hipótesis, consideramos en primera instancia la definición de región anteriormente anotada, que toma en cuenta la interrelación y los circuitos mercantiles. Siguiendo a Susana Aldana y Miguel Jaramillo, creemos que la región responde a un espacio económicamente bien articulado y soportado en una red de intercambios y circuitos comerciales, cuya extensión y fronteras varían en el tiempo (Aldana, 1992, p. 3; 1999, pp. 14-15; Jaramillo, 2017, pp. 355-356). En tal sentido, y retomando a Urrutia, postulamos que la región de Ayacucho se conformó entre fines del siglo XVII y la primera mitad del XVIII, cuando se terminó de configurar la red de intercambios y circuitos comerciales que copó gran parte de los actuales territorios de Ayacucho, Huancavelica y Andahuaylas. Los bienes que fluían por los circuitos comerciales eran producidos en la misma región o provenían de zonas externas a ella y su intercambio

[10] Un análisis más detallado de las transformaciones económica e ideológicas del área Pokra-Chanka en la segunda mitad del siglo XX se hallará en el artículo de Carlos Iván Degregori, Jürgen Golte, Walter Pariona y Hugo Reynoso: "Cambios económicos y cambios ideológicos en Ayacucho" (en *Ideología*, 7, pp. 17-48).

ocasionó el desplazamiento de comerciantes, arrieros y viajeros por el espacio regional (pese a las dificultades del transporte) o el contacto entre la gente.

Creemos que la disposición eclesiástica de creación del Obispado de Huamanga en 1609 solo fue un hito político y administrativo en el largo proceso de configuración de la red, que se alzó sobre una recordada y muy presente experiencia prehispánica.

Cabe precisar que entre los siglos XVI y XVII la producción del corregimiento de Huamanga y de las zonas adyacentes estuvo destinada principalmente al mercado de consumo de la mina de Huancavelica. En las referidas centurias, la mina se convirtió en un nodo que arrastró directamente a los espacios contiguos e indirectamente a zonas lejanas, al demandar maíz y ganado de Huanta, caña y aguardiente de las cuencas de Pampas, San Miguel y Apurímac, panes de Huamanga y tejidos de Huamanga y Vilcashuamán (Contreras, 1982). No obstante, el entramado varió en la segunda mitad del XVII, con el descenso de la producción minera; en esta etapa fue la ciudad de Huamanga, cabeza de corregimiento y nudo de tránsito de comerciantes, arrieros y viajeros, la que demandó algunos de estos bienes, junto con las explotaciones mineras y pequeños pueblos del territorio de la región.

Algunos datos sueltos parecen corroborar lo afirmado en el párrafo anterior. Por ejemplo, el XVII parece ser el siglo de recuperación y crecimiento demográfico, especialmente en el área urbana. Para 1571 las *Relaciones Geográficas de Indias* reconocen una población de 250 españoles en la ciudad de Huamanga, sin considerar a mestizos, criollos, indígenas y esclavos (Urrutia, 1985, p. 127). En 1614, un levantamiento demográfico ordenado por el Virrey Juan de Mendoza y Luna y citado por Ruiz Fowler en su *Monografía Histórico-Geográfica del departamento de Ayacucho*, consigna una cantidad de 1.465 habitantes, con 450 españoles, 500 mestizos, 400 negros (en la ciudad y valles aledaños) y 115 religiosos (Ruiz Fowler, 1924, p. 76). Para mediados de siglo, un documento consigna la cantidad de 25.821 habitantes en Huamanga y sus anexos de Anco y Chungui, distribuidos del siguiente modo: 169 españoles, 20.373 indígenas, 4.382 mestizos, 867 negros libres y 30 esclavos (González, Urrutia y Gutiérrez 1995, p. 61).

Tal como señalan González, Urrutia y Gutiérrez, la alta proporción de indígenas existente en este último registro (78 %) convertiría al cercado de Huamanga (más Anco y Chungui) en un espacio de importante y hasta exagerada presencia india. Llama también la atención la presencia de mestizos, quienes en el siglo XVII son los habitantes de los barrios que se formaron alrededor del núcleo central: San Juan Bautista, Carmen Alto, Conchopata, Belén, Calvario y Andamarca, donde se dedicaron a la producción de artesanías con alta demanda en el mercado regional. Un importante escritor de fines del siglo XVIII, el clérigo de la parroquia de Santa Ana Ramón Muñoz, enumera la cantidad de objetos artesanales que se fabrican en la ciudad: esculturas en alabastro, filigrana, rejas de hierro, peletería, cohetería, bordados de deshilados, tejidos de aguja, además de muebles de madera y lienzos (Muñoz, 1947 [1803], pp. 44-47). Figuran, además, objetos como el *San Marcos* o la imaginería religiosa, que iban dirigidos a las comunidades para fines rituales.

De otro lado, en el territorio de la región había pequeñas y medianas explotaciones mineras, que también demandaban bienes de consumo y tejidos de haciendas y

obrajes. John R. Fisher (1977) señala que a fines del siglo XVIII existían en Lucanas 38 minas argentíferas y 5 minas auríferas, 18 minas auríferas en Parinacochas, una en Cangallo y 14 minas auríferas en Huanta (p. 196).

Para satisfacer la demanda de minas y ciudad, las zonas de especialización laboral elaboraban bienes como tejidos burdos, aguardiente y coca que llegaban a todo el territorio regional. Los tejidos se producían en Huamanga y Vilcashuamán (donde, además, se asentaban comunidades ganaderas que producían lana). En esta última zona se hallaban los obrajes más importantes de la región: Chincheros y Ccaccamarca, que producían para el mercado de Huamanga (Salas, 1998). El aguardiente se elaboraba en los valles ubicados entre los 2.200 y 2.400 metros de altitud, la zona propicia para el cultivo de caña. Ninabamba en el valle de San Miguel; Pomanccay en Huanta; Chincheros, Socos, Tejahuasi y Mozobamba en el valle del Chumbao, Pongos en Julcamarca y Moyocc en Anco fueron las haciendas donde se producía la bebida que tenía alta demanda (Quito, 1981, pp. 43-44). En efecto, el aguardiente servía (y sirve aún) como elemento recíproco para garantizar mano de obra o concretar algún negocio, y como brebaje importante en las celebraciones rituales del recargado calendario festivo regional (Sueldo, 1998, pp. 33-36).

Finalmente, la coca era producida en Huanta y en los partidos de Anco y Chungui, al este de la región. Señala Cosme Bueno que "hacia la montaña hay varias haciendas pertenecientes a los Curatos de San Pedro de Huanta y de San Juan de Tambos, en donde se coge la coca, cuya cosecha se hace tres veces al año" (1974 [1951], pp. 194-195). Por su lado, el intendente Demetrio O'Higgins refiere lo siguiente:

> […] en las fronteras de los partidos de Anco y Chungui hay más de setecientas haciendas cocales formadas por españoles e indios con tierras realengas, sin más título ni compra de Su Majestad que el haberse apropiado de estas tierras cada uno según su voluntad. (Tomado de Urrutia, 1982, p. 37).

Tejidos, aguardiente y coca fluían hacia la ciudad y las minas a través de un circuito comercial que se materializaba en las numerosas rutas y en el que participaban comerciantes, arrieros y viajeros. Muchas de estas rutas coloniales se asentaban sobre antiguos caminos prehispánicos, que todavía no han sido inventariados por la arqueología regional. A falta de mayores estudios, nos limitaremos a enumerar algunas de las principales vías que eran muy usadas por comerciantes, arrieros y viajeros, quienes conectaban el mercado con los lugares y pueblos recónditos de la región.

Señala Florencio Quito que dos eran las principales rutas comerciales: a) la ruta Huamanga-Huanta-Huancavelica-Huancayo-Lima, por donde se movían productos provenientes de Lima y de las otras regiones del virreinato peruano: bayetas, paños de Quito, lienzos para abrigos, hierro de Lima, manufacturas de Europa, etc.; b) el "registro de Tunsulla", que articulaba rutas menores por donde los arrieros huamanguinos llegaban a Arequipa, Cuzco, Puno y Alto Perú (Quito, 1981, p. 37). Agrega Urrutia que a fines del siglo XVIII la ruta a la sierra central se prolongaba hasta Tarma y Cerro de Pasco y que en la vía de Tunsulla existían tres rutas importantes: a) la ruta Huamanga-Cuzco-Potosí con ocho jornadas de viaje; b) la ruta Huamanga-Palpa con otras ocho jornadas de viaje; y c) la ruta Huamanga-Ica con nueve jornadas

de viaje. Según el citado autor, existía además una ruta complementaria hacia el sur de la región, por donde los comerciantes y arrieros internaban tejidos, aguardiente y caña y sacaban minerales, ganado y lana. Dicha ruta unía Huamanga con Puquio (con una variante a Coracora, que en verdad llegaba hasta Caravelí en Arequipa) a través de Huancasancos y el valle del Sondondo y contemplaba hasta seis jornadas de viaje (Urrutia, 1982, Capítulo IV).[11]

Esta unidad regional, forjada a partir de la red de intercambios y circuitos comerciales, fue quebrada en el siglo XIX, cuando aparecieron los dos ejes capitalistas del norte y del sur, relacionados con el intercambio de ganado y manufacturas con la costa central como anotamos anteriormente. A partir de entonces, las ciudades de Ayacucho en el norte, Coracora (en el XIX) y luego Puquio (en el siglo XX) en el sur se convirtieron en los nuevos nodos polarizados que hasta hoy arrastran a sus zonas adyacentes.[12] Sin embargo, en la representación mental persiste la idea de la unidad entre norte y sur. ¿Por qué?

La respuesta tiene que ver con la otra dimensión de la definición de región. Según Armand Frémont (1974), la región es "incluso esencialmente una realidad vivida, percibida, sentida, cargada de valores por los hombres" (p. 231). Es decir, una representación de objetos ausentes que permite estructurar un espacio para realizarlo de acuerdo a nuestros valores y objetivos, o un espacio sentido y amado por los hombres, en tanto consideran que hay algo en común en él. Esta noción nos lleva a pensar en el impacto de la recreación de los vínculos con el pasado para representar y sentir el espacio común. Al respecto, Susana Aldana (2002, p. 95) señala que la afirmación y representación de la región implica la apropiación de un pasado prehispánico y su conexión con el presente y la gente contemporánea, tal vez con la intención de reivindicar la cultura regional en contraposición con lo nacional, o para justificar a la luz de la historia la existencia y presencia del espacio particular y homogéneo.[13] Este recurso no es reciente; proviene de la temprana república o, tal vez, de la tardía colonia, cuando en el mismo momento nacen la nación y la región a partir de la imposición de la modernidad y de la expansión de una cosmovisión fundada en la razón, que genera un sentido de relaciones univocas que suponen, en lo social, la pertenencia a un "país" (Aldana, 2013b, p. 208).

Precisamente, a inicios del siglo XIX el clérigo y escritor huamanguino Ramón Muñoz, a quien hemos citado en las páginas anteriores, contribuyó con la representación de la región al trazar una relación discursiva entre la época prehispánica y su presente tardo-colonial y entre los pobladores míticos de Huamanga y la gente de su tiempo, con el propósito de singularizar la experiencia histórica regional.[14]

---

[11] Cf. Mapa 2 sobre las rutas de arrieros.

[12] Pero, Susana Aldana plantea la existencia de tres ejes en la región: Huamanga-Huanta-Huancavelica-Huancayo, Vilcashuamán (que se vincula con tierras altas) y Puquio como punto de salida hacia la costa (2013b, p. 216).

[13] Precisa la indicada autora que el estudio de la región implica también el análisis del cúmulo de relaciones no-económicas que la estructuran y se entrecruzan (Aldana, 2013a, p. 229).

[14] Señala Susana Aldana que al igual que la nación, la región reedito antes que todo la memoria de las sociedades prehispánicas y las relaciones provenientes de aquella lejana época, que se

En efecto, Muñoz inicia su relato de la historia de Huamanga con las conquistas del inca Viracocha [sic] de "las provincias de los chancas, que es hoy la de Andahuaylas y la de Huaytará, ambas gentes belicosas" y de la provincia de Pocra, "que hoy es Huamanga" (1947 [1801], p. 9). A continuación, describe a los anónimos pobladores de esta última en los siguientes términos:

> No eran los de Pocra como otras naciones, feroces ni misántropos. Eran amantes y muy adictos a sus soberanos. Por tanto, determinó el Inca fuese una colonia donde se civilizase mucho, que en otras provincias eran duros y rebelados. La corte, el Cuzco era colonia donde se trasplantaban los herederos de los Señores y Curacas principales, para que aprendiesen a vivir con racionalidad y política.
>
> Por esta razón, Pocra estaba poblada de *Mitimaes***,** o trasplantados, para que la dulzura, la obediencia y la exacta observancia de las leyes, fuesen cobrando y perfeccionando a los Colonos, a vista de tantos ejemplos que veían los de la tierra; en una palabra, Pocra era una Escuela de estado para la instrucción de los de muchas Provincias, de quienes los Incas desconfiaban, y a quienes les querían instruidos. Era una Provincia que amaban y destinaban aquellos soberanos per fieles y por pacíficos, que también lo fuesen después de conquistados por los españoles (pp. 9-10).

Posteriormente, relata los pormenores de la fundación española de Huamanga y conecta este acontecimiento con la creación del Obispado de Huamanga y la nómina de los obispos de la diócesis. Es decir, el citado autor construía, a inicios del siglo XIX, un relato común de la historia de la región, en la que los *pacíficos* y *socializados* pobladores del área Pocra aparecían como los ascendientes de los civilizados huamanguinos. A la vez instauraba una suerte de canon para la narración de la historia regional. En efecto, esta estructura narrativa de Muñoz fue repetida años después y en plena República por el jurista Gervasio Álvarez, con la diferencia que este recurrió a la crónica de Garcilaso de la Vega para justificar sus afirmaciones y transformó a los anónimos habitantes de la provincia de Pocra en los beligerantes *poccras* que se extendieron por casi toda la región, de Huanta a Parinacochas y que junto con huancas y chancas enfrentaron a los incas del Cuzco.

> Las naciones Chancas (hoy Andahuaylas), Poccra (Ayacucho) i Huanca (que comprendía las provincias de Tayacaja i Huancayo) eran tan aguerridas, i tenían tal grado de civilización que, lejos de ser conquistadas o reducidas como aquellas tribus nómades del sur por los incas, invadieron la capital del Imperio del Perú, llevando la guerra hasta las puertas del Cuzco (Álvarez, 1944 [1847], p. 2).

Y en el siglo XX, en pleno auge del indigenismo, el intelectual ayacuchano Víctor Navarro del Águila (1983 [1939]) retomó esta idea de Álvarez y creo la imagen de la confederación de las "naciones" Wankawillka, Pokra, Chanka y Rukana, que abarcaba los territorios de Huancavelica, Ayacucho y Andahuaylas. De esta forma, Navarro del Águila y sus colegas ayacuchanos definieron un espacio regional con un mítico pasado

mantuvieron en la memoria y en la cotidianeidad de las personas, "herederas de verdaderos reinos premodernos y vigentes en el imaginario, a pesar del coloniaje" (Ibíd.: 234).

en común y reafirmaron la identidad regional en oposición al centralismo limeño o al regionalismo cuzqueño (Urrutia, 1994; Gamarra, 1996).[15]

5. EPÍLOGO

Cabe recordar que lo dicho hasta ahora es simplemente una hipótesis que requiere de comprobación empírica y de mayores (y mejores) preguntas de investigación. Esta apunta a demostrar que la región de Ayacucho se configuró entre fines del siglo XVII y la primera mitad del siglo XVIII a partir de una red de intercambios y circuitos comerciales que puso en movimiento los bienes producidos en zonas especializadas; que se quebró en la siguiente centuria por la aparición de dos ejes, pero persistió como representación al quedar relacionada con el mítico pasado prehispánico. Esta última representación quizá es la que hace que los sureños se identifiquen como ayacuchanos, pese a que se relacionan más con Ica y la costa central y menos con la capital del departamento.

Esta última conjetura nos lleva a preguntarnos por la popularización de la representación en el tiempo y en el espacio regional, a partir precisamente de la popularización de un relato sobre los orígenes históricos. Es decir, pudo Muñoz haber creado la narración histórica y comunicarla entre sus feligreses quienes, a su vez, la difundieron por la vía oral entre un público mayor. Contrariamente, cabe la posibilidad que la narración circulase como relato oral entre la población y que Muñoz simplemente la haya recuperado y escrito. De un modo u otro, todo parece indicar que la representación de las raíces prehispánicas de la región fue trasladada de la capital a las provincias y compartida al menos por un buen porcentaje de la población regional, que a la vez delineó la imagen de una región con cierta semejanza u homogeneidad.

Para la difusión de dicha narración histórica y para la construcción de una representación unitaria, fueron necesarios los vínculos sociales, encuentros y redes parentales que los pobladores de la región establecieron en todo momento y lugar, porque eran personas que estaban en permanente movimiento. Así, un arriero de Carmen Alto pudo haber escuchado la prédica del cura Muñoz y contado la experiencia a un hacendado de Andahuaylas, al propietario de un chorrillo en Vilcashuamán o a un ganadero de San Juan de Lucanas, cuando transitó por estas localidades negociando diversos bienes. De igual forma, un hacendado de Huamanga pudo haber oído el relato histórico del clérigo de Santa Ana y haberlo transmitido a sus yanaconas en el valle de Huanta. Finalmente, cabe la posibilidad que el mismo Muñoz haya difundido su historia en los pueblos de Huancavelica, cuando acompañó al obispo José Vicente Silva y Olave en su visita pastoral de 1816. Como fuese, el

[15] Sin embargo, propone Aldana que el elemento histórico común en el norte y sur de la región de Ayacucho es "la presencia de un conjunto de poderes de pequeños y medianos mineros, pequeños y medianos hacendados y pequeños y medianos estancieros; los famosos mistis que se entremezclan con la presencia de comunidades fuertes y sólidas que se realizan, abiertamente, en la región" (2013b: 216).

éxito de representación de un espacio con una historia común dependió de los contactos que la gente portadora de ella estableció en la cotidianeidad.[16]

6. BIBLIOGRAFÍA.

Aldana Rivera, S. (1992). *Antiguo gran espacio. La unidad económica sur ecuatoriana-nor peruana*. Piura: Cámara de Comercio y Producción.

____ (1999). *Poderes de una región de frontera. Comercio y familia en el Norte (Piura, 1700-1830)*. Lima: Panaca.

____ (2002). La otra historia: la historia regional. *Histórica*, 26: 1-2, 83-124.

____ (2013a). La región: hay que pensarla y no sólo sentirla. *Revista del Archivo General de la Nación*, 28, 225-239.

____ (2013b). Pensando la región: una reflexión en torno al cambio y a la diversidad, al todo y a las partes. *Historia y Región*, 1, 201-220.

Álvarez, G. (1944). *Guía histórica, cronológica, política y eclesiástica del departamento de Ayacucho.* Ayacucho: Imprenta González.

Arguedas, J. M. (1975). Notas elementales sobre el arte popular religioso y la cultura mestiza en Huamanga. *Formación de una cultura nacional indoamericana.* México D. F.: Siglo Veintiuno, 148-172.

Assadourian, C. S. (1982). *El sistema de la economía colonial. Mercado interno, regiones y espacio económico.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Bueno, C. (1974). Geografía del Perú Virreinal. En Morote, E. (ed.), *Huamanga: una larga historia*. Lima: Consejo Nacional de la Universidad Peruana, 193-196.

Cariño Olvera, M. (1996). Hacia una nueva historia regional en México. *Clío*, 4: 17, 7-29

Contreras, C. (1982). *La ciudad del mercurio: Huancavelica, 1570-1700*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Colección Mínima N° 13.

Degregori, C. I., Urrutia, J. y Balutansky, E. (1979). Apuntes sobre el desarrollo del capitalismo y la destrucción del área cultural Pokra-Chanka. *Investigaciones*, 2, 243-252.

De la Peña, G. (1981). Los estudios regionales y la antropología social en México. *Relaciones*, 8, 43-93.

Fisher, J. R. (1977). *Minas y mineros en el Perú colonial, 1776-1824.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Frémont A. (1974). Recherches sur l'espace vécu. *Espace géographique*, 3: 3, 231-238.

Gálvez, M. (1977). El enfoque regional en las investigaciones sociales. *Ideología*, 5, 53-58

[16] Cabe cerrar esta comunicación mencionando el siguiente ejemplo de las redes y contactos de la gente, que relacionaban a localidades alejadas del espacio regional. Se trata de las relaciones parentales y amicales entre Tomasa de la Fuente, la propietaria del cañaveral de Pomanccay en Huanta, y su sobrina-nieta Brianda Cabrera, quien era a la vez sobrina nieta de Bernardo Cipriano de Santa Cruz, cuñado de Domingo López del Pozo, primer Marqués de Mozobamba del Pozo y dueño de la hacienda cañaveral de Mozobamba en Andahuaylas. Debemos esta anotación a la gentileza de Javier Velarde Loayza, quien viene investigando sobre las actividades económicas del marqués.

Gamarra, J. (1996). El espacio regional como pretexto: historia y producción cultural en Ayacucho, 1900-1950. En Tomoeda, H. y L. Millones (eds.), *La tradición andina en tiempos modernos*. Osaka: National Museum of Ethnology, 133-158.

García Miranda, J. J. y Gamarra, J. (1985). Regionalismo y desarrollo regional: caso Ayacucho. *Estudios*, 2, 28-32.

Gonzales de Olarte, E. (1988). *Economías regionales del Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 3ra. Edic.

González Carré, E.; Pozzi-Escot, D. y Vivanco, C. (1988). *El área histórica chanka*. Ayacucho: Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga.

González Carré, E.; Gutiérrez, Y. y Urrutia, J. (1995). *La ciudad de Huamanga: espacio, historia y cultura*. Ayacucho: Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga-Concejo Provincial de Huamanga-CEPES.

Jaramillo Baanante, M. (2017). La articulación de un espacio económico: formación de la economía regional de Piura. En Contreras, C. y Hernández, E. (eds.), *Historia económica del norte peruano. Señoríos, haciendas y minas en el espacio regional*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos-Banco Central de Reserva del Perú, 355-392.

Marzal, M. (1997). *Historia de la Antropología Cultural*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Montoya, R. (1980). *Capitalismo y no capitalismo en el Perú. Un estudio histórico de su articulación en un eje regional*. Lima: Mosca Azul-CEIS.

____ (1987). Algunas ideas sobre el Estado y el eje regional Lima-Lomas-Puquio en la República. En Rénique, J. L. (ed.), *Coloquio Estado y Región en los Andes*. Cuzco: Centro Bartolomé de las Casas, 179-187.

Muñoz, R. (1947). *Huamanga vindicada*. Ayacucho: Junta Municipal Transitoria de Huamanga.

Navarro del Águila, V. (1983). *Las tribus de Ancku Wallokc*. Lima: Atusparia.

Niño Grijalba, M. (2002). ¿Existe la historia regional? *Historia Mexicana*, 51: 4, 867-897.

Palacios, J. J. (1983). El concepto de región: la dimensión espacial de los procesos sociales. *Revista Interamericana de Planificación*, 17: 66, 56-68.

Quito Molina, F. (1981). *El comercio de aguardiente en Huamanga, 1770-1810*. Tesis de Bach., Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga.

Ruiz Fowler, J. (1924). *Monografía histórico-geográfica del departamento de Ayacucho*. Lima: Imprenta Torres Aguirre.

Salas, M. (1998). *Estructura colonial del poder en el Perú. Huamanga (Ayacucho) a través de sus obrajes, siglos XVI-XVIII.* Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Vol. 1°.

Sandoval, P. y Agüero, J. C. (2015). *'Aprendiendo a vivir se va la vida'. Conversaciones con Carlos Iván Degregori*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Sueldo Argumedo, N. (1998). *El comercio de aguardiente en Huamanga, 1780-1810*. Tesis de Bach. Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga.

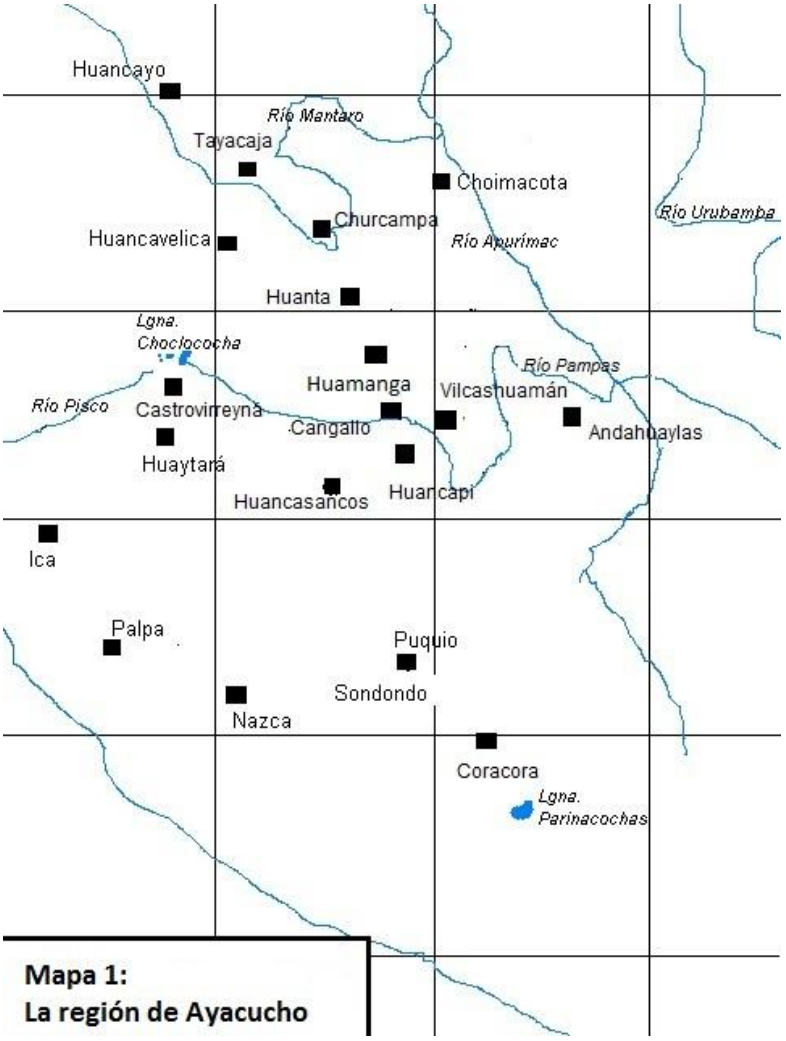
Urrutia, J. (1982). *Comerciantes, arrieros y viajeros huamanguinos, 1770-1870*. Tesis de Bach., Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga.

____ (1985). *Huamanga: región e historia, 1536-1770*. Ayacucho: Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga.

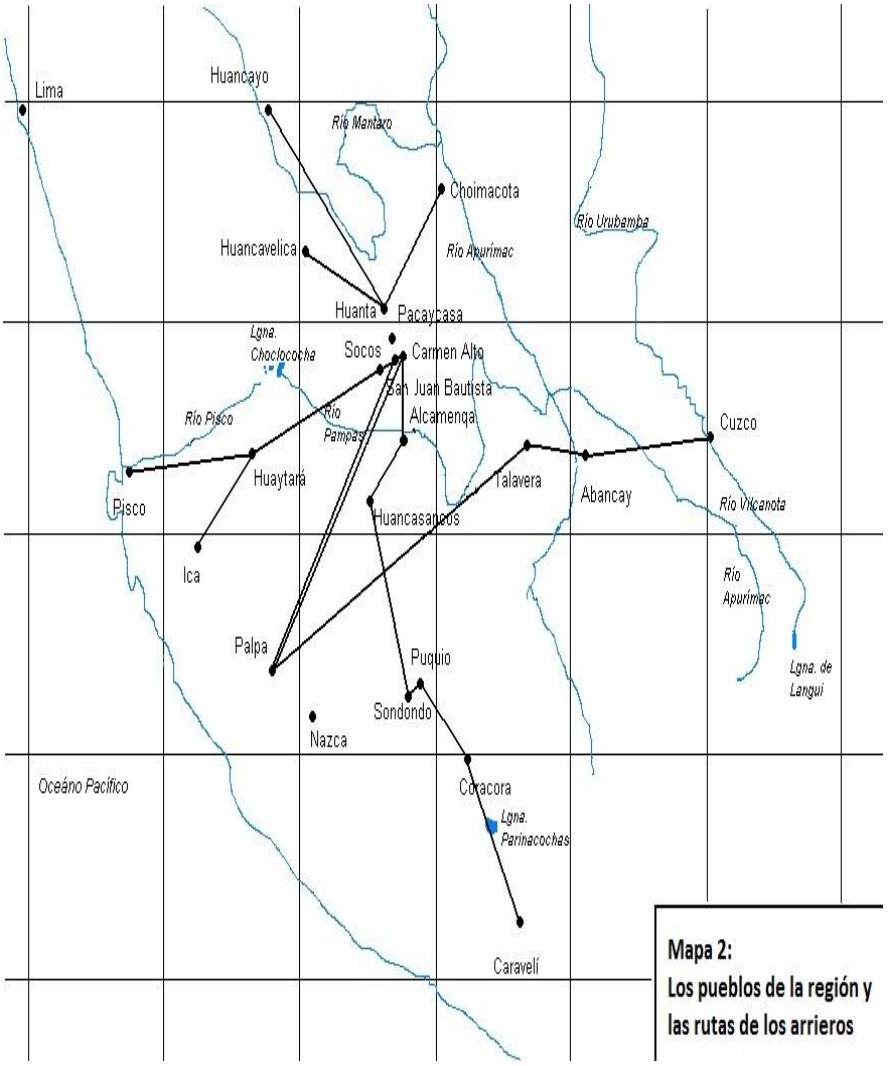
____ (1994). *La diversidad huamanguina: tres momentos en sus orígenes*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Documento de Trabajo N° 57

Van Young, E. (1987). Haciendo historia regional: consideraciones metodológicas y teóricas. *Anuario IEHS*, 2, 255-281.

7. ANEXOS



Mapa 1:
La región de Ayacucho



Mapa 2:
Los pueblos de la región y las rutas de los arrieros